



VII. LAS RAÍCES DE LA CORRIDA EN LA CULTURA POPULAR¹



évi-Strauss escribió un artículo hace unos 20 años para explicar que hay culturas «micófilas» y culturas «micófobas», es decir, que a algunos pueblos del mundo les gustan las setas y a otros no. La población campesina de Francia se levanta al amanecer bastantes días al año para buscar champiñones, mientras que en Inglaterra nadie los quiere ni recoger ni comer. Algunos pueblos indígenas de América se sirven de setas peligrosas para entrar en trance y comunicar así con sus dioses. Pero otros, mis compatriotas por ejemplo, las asocian todas con el demonio. En Inglaterra los llaman «*toadstools*», es decir, «taburetes de sapo», que nunca los comen cuando los encuentran en el campo sino solamente en los restaurantes franceses cuando se los sirven disfrazados tras un nombre francés.

Yo creo que se puede hablar de la misma manera de culturas «taurófilas» y de culturas «taurófobas». Y que sería entonces posible (y muy interesante) confeccionar un mapa del mundo enseñando, a dos colores, dónde la población es una cosa o la otra. ¡Digamos una *toreogeografía general* del

¹ Nota del Editor: Conferencia pronunciada en Toledo el 14 de febrero de 1985, publicado en Díaz Viana, L.: *Etnología y Folklore en Castilla y León*, Soria, 1986, págs. 97-107.

globo! Y no sería únicamente cuestión de colorear un Estado-nación como taurófilo o lo contrario –aun con el color graduado para indicar la intensidad de su taurofilia–, sino de regiones y hasta de pueblos que habría de colorear de manera distinta. Así, por ejemplo, hay dos regiones de taurofilia en Francia, Provenza y Gascuña, que no se tocan y tienen, cada una, una tradición bastante distinta y mantienen, desde el punto de vista de la tauromaquia, una gran rivalidad entre ellas. Algunos países de América Latina son taurófilos, otros, sin embargo, no y, cuando nos acercamos a España, sería un error pensar que toda España se podría colorear con la misma intensidad. Sin querer entrar en la polémica actual sobre la taurofilia o no de los catalanes, es cierto que Galicia no tiene derecho ninguno a llevar colores de taurofilia –con la excepción de un pueblo de la Coruña de diez mil habitantes que se llama Noya y que presume de tener una afición a los toros semejante a la de la provincia de Córdoba. (Tal vez haya otros pueblos más en Galicia que, desconocidos por mí, sean también taurófilos).

Y aún, nuestro mapa quedaría muy incompleto, porque no es únicamente una cuestión de *intensidad*, sino del *matiz* de cada afición: cómo se *siente* la corrida en un sitio u otro. ¿Cuál es la significación profunda, tal vez inconsciente, que explica esta intensidad? El que ha ido a los toros en Pamplona y también en un pueblo a orillas del Guadalquivir no puede dudar que, para nada uno de estos dos públicos, la corrida tiene un algo muy distinto. ¿Por qué se comportan de manera tan diferente?

Además, las motivaciones individuales para ir a los toros son múltiples y no todas indican taurofilia: desde el turista que

viene por curiosidad, hasta las chicas que quieren estrenar un traje especialmente seductor, pasando por el funcionario que quiere hacer alarde de su patriotismo presenciando la Fiesta Nacional en una provincia poco aficionada, hasta todos los que van por obligación social o para justificar la imagen de sí mis-

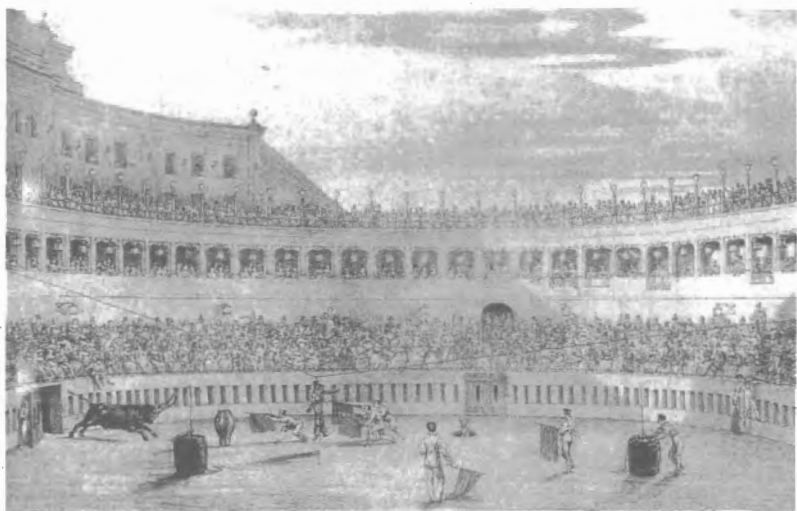


Fig. n.º VII.1.— La «giostra» romana (G. Ponticelli: *La tradition tauromachique en Italie*, Nîmes, U.B.T.F., 1997, il. n.º 8). El litógrafo J.B. Thomas ilustró, con 72 estampas, el libro *Un an à Rome et ses environs*, y algunas de ellas reflejaban el final de las prácticas populares taurinas en Italia. En la imagen la denominada *giostra* se acumulan, como era uso, en una misma estampa sucesivas suertes para, de esa manera, poder explicar el desarrollo de la función. Vale la pena recordar el *dominguillo* que colgado de una cuerda se jugaba con él, en Arcos de la Frontera y el muñeco de Grazalema (Ver *supra* Fig. n.º II.5).

mos, una enorme diversidad de motivos lleva a los distintos públicos a las numerosas plazas de toros. Todos estos que acabamos de señalar no influyen para nada en la taurofilia del

alma local, aunque aparezcan en las estadísticas generales y en las cuentas de la empresa que gestiona el negocio.

También hay que reconocer que la significación de un elemento de cultura cambia con el tiempo y la taurofilia puede crecer o perderse. En Inglaterra se practicaba el *bull-baiting* (echándole *bull-dogs*, toros-perros a un toro) hasta el siglo XVIII (Ver *infra* Fig. n.º IX.1). En la Italia clásica la importancia simbólica del toro era grande, no solamente en el sacrificio mitraico sino en las leyendas y en la vida cotidiana. ¡Y hoy me parece que todo eso ha desaparecido! ¿El fracaso de todos los intentos durante cinco siglos para introducir la corrida en Italia se puede atribuir a la influencia o la proximidad de Roma? ¿O porque los españoles eran los que intentaron imponerla? ¿O por otra razón? ¡No me atrevo a decirlo! (Fig. n.º VII.1).

Para estimar la taurofilia en el alma popular de una región más vale mirar por detrás de la fachada oficial de las plazas de toros y buscar en las costumbres de la población manifestaciones de esta taurofilia que sacar una estadística de las entradas vendidas. Cuando la gente del lugar suelta un torito o una vaquilla por la calle para su propia diversión, en vez de que los profesionales de la tauromaquia monten el espectáculo para los turistas y la televisión, entonces sabemos que damos con la raíz del asunto. Pero se ha hablado y escrito muy poco de estas manifestaciones entre los aficionados, fuera de los programas de fiestas locales o artículos de periódicos regionales, como si no fuera digno de hombres educados, excepto entre folkloristas, interesarse por ellas. El Cossío apenas dedica unas pocas páginas a ellas en toda la obra y menciona menos de 1% de las fiestas populares taurinas de Espa-

ña —¡mientras que no falta ni un nombre de banderillero, desde hace un siglo, por poco importante que fuese!— Y, sin embargo, son estas fiestas mucho más antiguas que la corrida y son capaces, junto con el testimonio de la historia (pero además



Fig. n.º VII.2.— *Cazadores armados acosan a un toro*. Arte parietal levantino, 4.000 a.C., Cueva Remigia (Castellón de la Plana). (Apud A. Beltrán, 1982. *De Cazadores y Pastores. El Arte Rupestre del Levante Español*, Madrid, Encuentro, pág. 14). Esta relación agónica con el animal constituye el paisaje natural de las poblaciones ibéricas desde el comienzo de los tiempos.

con la riqueza de la observación directa), de revelarnos las claves del auténtico significado de la taurofilia.

Para entender del simbolismo de la fiesta taurina hay que tener en cuenta dos totalidades:

1.— La totalidad del fenómeno taurino, del culto del toro en todas sus formas, desde el Palacio de Minos hasta

hoy —(lo que se suele hacer a menudo—, aunque no siempre con la conciencia histórica que conviene, quiero decir, con la conciencia de la diferencia entre las sociedades antiguas y las de hoy).

2.— La totalidad de la fiesta, es decir, del toro en su relación con la sociedad, como componente de una celebración donde el animal, es el foco principal. La taurofilia no aparece más que en la fiesta, y, por tradición, en una fiesta religiosa. Aunque no es preciso recitar el Credo al entrar en la plaza de toros, como he explicado en otra ocasión, la fiesta de toros es una fiesta religiosa y es, también, un sacrificio como puse de manifiesto en otro lugar. La taurofilia es matar un toro por la significación simbólica que tal acto implica. Llevarlo al matadero no significa taurofilia ninguna, sino gusto por los *bistés*, que es otra cosa muy distinta.

Por eso me parece incoherente el argumento que propone explicar el origen de la tauromaquia atribuyéndolo a la caza de toros salvajes o a las luchas con éstos para proteger los hombres y sus cosechas de sus ataques (Fig. n.º VII.2). Que tales cazas o luchas hubieran existido desde la época de los dibujos rupestres sin solución de continuidad hasta las primeras corridas —y los argumentos que se presentan en apoyo de la hipótesis costumbre con escasos datos— no tiene nada que ver con el culto al toro que conocemos en la historia ni con la taurofilia festiva y simbólica, porque el uno es una operación práctica y la otra es un rito (Fig. n.º VII.3).

Es decir, el estudio de las distintas fiestas taurinas populares puede aclarar el sentido profundo del culto al toro, sobre todo si se examina en su contexto geográfico y social.



a)



b)

Fig. n.º VII.3.— *En los orígenes de la fiesta popular: danzantes y jinetes en torno a un toro de imponente cornamenta.* a) Copa de pie bajo, ibérica, de San Miguel de Liria (Valencia), siglo II a.C. (Valencia, Museo de Prehistoria). b) Fragmento del desarrollo de las pinturas de la copa arriba mencionada. La escena principal representa a un toro en actitud de embestir que es citado por varios individuos que enarbolan diferentes objetos: ¿una matraca?, ¿una clava?, ¿una espada? En cualquiera de los casos, lo cierto es que nos transmite la imagen ancestral de una fiesta popular de toros (L. Abad y M. Bendala: *El Arte Ibérico*, Historia 16, 1989, pág. 158).

Tomo como campo de prueba de esta afirmación el ejemplo, tal vez más famoso, de las fiestas taurinas populares españolas: el *Toro de la Vega (o de la Peña)* de Tordesillas (Valladolid).

Tordesillas es un pueblo de menos de 7.000 habitantes en la provincia de Valladolid (provincia muy aficionada a la fiesta brava) a unos 30 km al suroeste de la capital, en el corazón de una región donde pululan las fiestas taurinas populares (capeas, fuentes del vino, espantes, etc.) que tienen lugar, sobre todo, en el mes de septiembre (Ver *infra*, Fig. n.º VII.6). También es una región de muchas romerías y de ermitas bajo la advocación de la Santísima Virgen. El *Toro de la Peña* debe su título a la Virgen del mismo nombre cuya romería cayó el año pasado (1984) en el sábado 8 de septiembre —día de la *Natividad de la Virgen*— (segundo sábado del mes como dicta la costumbre). Se sacrificó su *toro* al martes siguiente, día 11 (Fig. n.º. VII.4).

El día de la Virgen de agosto, la comisión de fiestas del *Toro de la Peña* elige al *toro* que se ha de sacrificar, junto con otros más de reserva, y lo traen a Tordesillas, soltándolo en el campo cercado al otro lado del río Duero, y a cierta distancia del pueblo, entre los pinos romanos que allí crecen. Durante días los del pueblo vienen a verlo, a admirarlo y a comprobar que su *toro* es digno del papel que se le destina en la fiesta. Si no gusta, por juzgarlo demasiado feo, ligero, pequeño, estropeado, mal armado, etc., por la mayoría del pueblo, el ayuntamiento exige a los organizadores que lo cambien. Allí se queda pastando pacíficamente unas semanas, para que adquiera querencia del lugar en el porvenir, hasta la fiesta de Tordesillas, que comprende también otros espectáculos festi-

vos: encierros todas las mañanas y capeas por la tarde, bailes, gigantes y cabezudos, cucañas infantiles y un circo, El Gran Circo del Mundo, que tuvo la originalidad de presentar entre seis números, uno de Búfalo Bill y otro de la lucha (dentro de un tanque de agua transparente para que el público no se perdiera nada), entre un cocodrilo y una chica guapa en bikini,



Fig. n.º VII.4.— *La Virgen de la Peña* (Tordesillas) (Fot. de P. Romero de Solís). La venerada imagen procesiona por los alrededores rústicos de su Ermita en la romería con que culmina y concluye la gran fiesta del *Toro-Vega* de Tordesillas.

triunfando esta última. Es verdad que el cocodrilo parecía más bien drogado y no mostró lo mejor de sí en el combate.

Tradicionalmente, y hasta hace unos años, la fiesta del *Toro de la Vega* se celebraba de la manera siguiente: el lunes por la noche se traía al *toro* hasta la plaza del pueblo, el corazón de la comunidad, una plaza cuadrada construida en el

siglo XVII en la intersección de dos calles principales, rodeada de arcos en las cuatro fachadas —¡Una preciosidad!—. Ver *infra* Fig. n.º XI. 15).

En esta plaza están los cafés y restaurantes principales del pueblo, unos cuantos comercios y una heladería. Allí el *toro* pasaba la noche encajonado después de ser capeado en público, mientras se le sopesaba bien sus virtudes morales: su bravura, empeño, nobleza, nervio, vigor, cualidades tan necesarias para el sentido del rito como para su desarrollo desde el punto de vista práctico. Si fuera juzgado insuficiente en esta ocasión, también se podría exigir al ganadero que lo cambiase por otro.

Al día siguiente, se solía soltar al *toro* por el pueblo desde esta plaza por una calle que baja hacia el puente sobre el río Duero, el único de Tordesillas. El camino de bajada hasta el puente está resguardado por barricadas para la gente pueda presenciar su paso sin exponerse al peligro de una cornada.

Los jóvenes valientes del pueblo intentaban correr delante del *toro* o a su lado, y los menos valientes, detrás. Una vez que se atraviesa el puente sobre el río, el *toro* está ya en el campo, [[en la Vega, propiamente dicha]]. A unos cientos de metros más lejos se ha trazado en el suelo una raya marcada de un punto a otro por distintos ejemplares de la bandera nacional. No está permitido tocar al *toro* antes de pasar esta barrera, pero una vez traspasada la marca, el animal se convierte en el blanco de todos los que le esperan para matarlo con su lanza, ya sea a caballo o a pie. Si el *toro* llegase a escaparse y alcanzar el arroyo, a algunos kilómetros más lejos, se salvaría. En tal caso, tendría que repetirse el rito

entero inmediatamente con otro *toro*, según me contaban algunas personas del pueblo, pero nadie recordaba que ningún *toro* hubiera llegado nunca hasta el arroyo.

Estas son las reglas del rito según la costumbre de Tordesillas. Para interpretarlas habrá que examinar en detalle los comportamientos de los ejecutantes y de los asistentes.



Fig. n.º VII.5.— *La carrera del Toro-Vega por la ciudad antigua de Tordesillas (Valladolid)* (Fot. de P. Romero de Solís). Desencajonado junto a la Plaza Mayor, el animal inicia su bajada hacia el río Duero buscando la Vega (que le da nombre al toro y a la fiesta). Ver *infra* Fig. n.º VIII.7

Revivamos la escena de la noche del lunes 10 de septiembre de 1984. El *toro* no se ha traído a la plaza del pueblo, sino a la plaza portátil que está situada abajo del caserío, a unos 500 metros al oeste del puente. Este cambio es únicamente por

motivos prácticos de comodidad. Hay tanto público deseoso de contemplar la capea y la antigua Plaza Mayor tan pequeña que a la Alcaldía le pareció más razonable cambiar el escenario del juego. Por otra parte, los comerciantes y propietarios de cafés, dificultadas, si no cerradas, las puertas de sus establecimientos por el andamiaje que se colocaba para ver las capeas, protestaban porque no ganaban dinero.

En realidad, ésta es una sustitución que no cambia nada el valor simbólico del rito: el *toro* tiene que entrar en el corazón del pueblo, y todo se hace «como se hiciera en la plaza...».

El Toro de la Vega llega al pueblo en camión desde la dehesa del otro lado del río a las once de la noche y la capea comienza enseguida. Los muchachos del pueblo demuestran su valor, su agilidad, y también su gracia si se quedan delante del *toro* bastante tiempo para hacer un simulacro de pase con una muleta improvisada traída a ese fin.

La plaza contiene entre 4 y 5 mil personas que han pagado 3,65 euros por su entrada, quedándose fuera los que no han llegado a tiempo para encontrar sitio, y también los que se han ahorrado el dinero viendo el espectáculo encaramados a una farola o desde un balcón de una de las casas que dan sobre el ruedo. El público muy entusiasta acompaña a los mozos que corretean por el coso con consejos, bromas y comentarios en voz alta. Después de tantearlo durante una media hora, los organizadores sacan los cabestros que se llevan al *toro* encerrándolo en el toril, mientras, el público se marcha.

Al día siguiente el pueblo está lleno. Según mi estimación, debía haber, por lo menos, 50.000 personas. Hacia las 10 de la mañana la muchedumbre ya empezaba a tomar rumbo hacia el puente. Todos los balcones y ventanas dando

sobre el río están repletos de gente, y hay incluso un gran número de personas por los tejados.

En la calle que baja desde la plaza hacia el río Duero una buena señora gordísima se precipita, cuesta abajo, a pesar de sus cien kilos, para no dejarse adelantar en el camino. En el mismo sitio, en la tarde de la víspera, yo había empezado una conversación con otra señora que estaba encantada de contar las glorias de su pueblo a un forastero. Pero cuando llegamos a la descripción de lo que se hace después de la muerte del *toro*, no mencionó los trofeos que se lleva en la procesión de vuelta al pueblo (Para los «trofeos» ver *infra* Fig. n.^{os} XI.19 y XIV.43). Así que pedí que me relatasen lo que hacían, como yo había oído, poniendo los testículos del *toro* en el pico de la lanza del que lo había matado. Ella se sonrojó avergonzada y dijo: —«Sí, antiguamente, se hacía eso»—. Comprendí, por este detalle, que después de ciertos artículos en la prensa, en los que se había calificado a los de Tordesillas como «salvajes» que ella no quería hablar de esto con un extranjero.

Todas las calles de la villa estaban llenas de gente que se dirigían hacia el puente y yo me situé tras las barreras de una plazoleta que me aconsejaron como buen punto desde donde se podía ver el máximo, incluso al *toro*, que solía ser capeado un poco en este rincón (Fig. n.^o VII.5). La marea humana fluía: jóvenes y viejos, muchachos y niñas, con *blue-jeans* y sandalias de deporte, padres con hijos pequeños, jinetes con lanzas impresionantes, hombres a pie, llevando a veces lanzas de madera con la punta pintada de plata, o cubiertas con papel metálico, simulando el acero. Otras veces, las más, las lanzas son de acero de verdad. Se notaba que estaban confeccionadas en un taller mecánico con soldadura eléctrica, pero ni siquiera

este detalle le quitaba escena a la apariencia medieval que se imponía a pesar de los *blue-jeans*, gorras, boinas rojas y las colas de coches de turismo y camiones bloqueados en la carretera, de un lado y otro del puente, a quienes no yéndoles ni viniéndoles la carrera del *toro*, les hubiera gustado mucho más cruzar el puente y seguir su viaje.

Alrededor de las 11 de la mañana llevan al *toro* encajonado en un camión al punto más cerca de la plaza del pueblo, justo donde se inicia el desnivel de las calles y señala el camino de bajada hacia el río. Y allí lo soltaron. El *toro* salió como una flecha galopando hacia el puente perseguido por todos los que tenían, antes, la intención de correr delante de él. Casi no perdió velocidad al llegar donde yo estaba y desapareció detrás de la turba que le seguía, todos corriendo hacia el puente. Yo corrí también, pero no le alcancé. Sólo lo conseguí, minutos después, cuando ya el *toro* estaba muerto a un kilómetro más allá del puente. Acababan de cortarle sus partes, que servirían de trofeo: los símbolos esenciales del rito².

Una camioneta se acercó y cargaron el cuerpo mutilado del *toro*. Un muchacho, disfrazado de soldado romano, se presentó y entregó su espada a alguien sobre la camioneta para que se la devolviese mojada en la sangre del *toro*. Sin duda, otros falsos combatientes que yo no había visto ya habían recibido el ungüento en sus armas postizas. Desde ahí se inicia el retorno triunfal de los héroes y de la comitiva.

El joven que le había dado el golpe mortal al *toro* era un barbudo sólido. Llevaba la señal del triunfo en la punta

² Nota del Editor: Recuérdese la conversación, que acabamos de leer, del Prof. Pitt-Rivers con una señora.

de la lanza, los testículos del *toro*. Andaba acompañado de sus ayudantes principales que también habían herido al *toro*, mas sin matarlo, llevando ellos, héroes de rango inferior, las dos orejas y el rabo prendidos en la punta de sus lanzas. Estaban rodeados de los demás muchachos de la cuadrilla (entre los que había una chica guapísima) en su recorrido de subida hacia el pueblo, siguiendo la misma ruta por la que bajó el *toro* minutos antes.

El héroe se paraba de vez en cuando para recibir el homenaje de sus admiradores. Junto al grupo del héroe, había otro, masculino, compuesto por combatientes menos afortunados, con sus lanzas también, que criticaban al barbudo diciendo que había trampa, porque el *toro* aún no había cruzado la línea marcada por las banderas cuando estaba ya herido, además de otros motivos de índole técnico que yo no podía seguir. Los dos grupos intercambiaron algunos comentarios sin enfadarse hasta que el grupo de los vencidos dejó el centro de la plaza a los vencedores. Sentí que en el origen de esta crítica estaba la envidia hacia alguien que tenía demasiado éxito, ya que este fue el mismo muchacho que había tenido la suerte de matar al *Toro de la Vega* el año anterior. Es de imaginar que el éxito repetido se debía a la invención de una técnica de trabajo en equipo.

La fiesta del pueblo es una celebración de la unidad moral de la comunidad y siempre hay rivalidades entre los que aspiran a encarnar la totalidad, rivalidades entre individuos, entre barrios o entre elementos sociales, rivalidades que dan a veces la impresión de que es más bien la división lo que se celebra en la fiesta. Pensar eso sería mirarlo de una manera superficial, equivocarse sobre el problema que Evans-Prit-

chard ha resuelto por su análisis de los sistemas segmentarios: las divisiones en el interior de una unidad social son una función de la totalidad y que las engloba a un más alto nivel.

Los hermanos no se odian más que en las sociedades donde la familia nuclear es la unidad dominante y sagrada; no se encuentran los enemigos fraternales en sociedades de linaje o de clan, ni tampoco en Inglaterra donde los lazos de la familia son muy relajados. Así la existencia de rivalidades dentro de una unidad social es más bien un testimonio de su fuerza moral que de su indiferencia.

La rivalidad entre los jinetes y los peones para ganar la gloria de matar al *toro* está viva en Tordesillas, y se encuentra, en otros pueblos de la región, bajo una forma un poco distinta, en la que se llama el *Espante* (Fig. n.º VII.6).

El *Espante* consiste en negar la entrada del pueblo a los toros que traen los hombres a caballo para la fiesta. Los del pueblo hacen un muro de hombres a pie con los brazos enlazados en el camino de entrada y los toros (que no ven más que el muro y no a los individuos que lo componen) se desvían ante él y se escapan por otro lado. Los caballistas tienen entonces que recoger sus toros e intentarlo otra vez sin más éxito que la primera. Al tercer intento la gente del pueblo los deja pasar. Es una manera de decir: «somos los del pueblo los que mandamos en el pueblo, que los nobles caballeros hagan lo que quieran en el campo». Pero luego todos colaboran en la fiesta. En el pueblo de Portillo, esta rivalidad existe entre el pueblo alto, antiguo y de tradición aristocrática, y el pueblo bajo, más moderno y de los comerciantes. Los toros deberían ir al pueblo alto donde está la plaza barricada para la capea, pero los del pueblo bajo intentan espantarles para que se desvíen.

Estas costumbres ponen de relieve una oposición de clase muy tradicional en la historia de Castilla entre los caballeros (o hidalgos) y el pueblo llano. Pero es de subrayar que donde la clase de los caballeros domina de verdad, por ejemplo en Andalucía, no se encuentra este tipo de fiesta pues, para rivalizar, hay que concebirse como iguales.

ANÁLISIS

Ya hemos descrito lo que pasa en Tordesillas el día del *Toro de la Vega*. Queda entonces para descifrar, de esta descripción, el significado de la fiesta por los símbolos que en ella se encuentran.

Varios autores han definido la corrida de toros como un rito de fertilidad cuyo objeto es el de garantizar la potencia sexual masculina, y este objeto parece todavía más explícito en Tordesillas que en la corrida formal en que el sentido burgués de la decencia parece prohibir una exposición tan literal de su fin. Si los tordesillanos mantienen su costumbre antigua, lo hacen en virtud de una resistencia, que para muchos ha sido un motivo para despreciarles (la reserva de mi informadora para admitir que se ponían los testículos del toro en alarde se inspiraba sin duda en esta preocupación). Pero, entre sí, los de Tordesillas no se dejan desconcertar por esta crítica y sus vecinos les apoyan en su actitud, asistiendo en gran número a esta fiesta que no juzgan indecente de ningún modo.

Como es el caso con la corrida formal, el *Toro de la Vega* se celebra dentro del calendario religioso local, se escoge y se trae a Tordesillas el día de la Virgen de Agosto (el 15) y se

sacrifica después de la romería de la Virgen de la Peña. Parece corresponder a mi definición de la corrida como *contra-rito* cuyo fin es restablecer las fuerzas de la Naturaleza en una población que corre el riesgo de haberlas reprimido demasiado al servicio de una religión que las desprecia en favor de los valores espirituales. Pero en Tordesillas su mensaje se anuncia de manera más clara y más dramática que en el coso.

La geografía de la villa es bastante excepcional: está situada al borde de una meseta en la orilla del río Duero. Por la otra orilla se extiende la llanura del valle del río donde no se ha levantado ningún edificio. Así, por un lado completamente urbanizado, por el otro únicamente rural. Una sola construcción es el Parador Nacional, edificado hace pocos años a dos Km. del puente en el bosque de pinos y que no se ve desde el pueblo.

El toro bravo es un símbolo de la Naturaleza salvaje, indomada, aunque en realidad es un animal doméstico que se cría para representar este papel en las fiestas. Es una especie de Minotauro, una invención humana en forma de fiera.

Cuando se trae el *toro* a la dehesa, por la orilla del Duero, aparte del hecho de fijarle en su querencia en este lugar —consideración práctica—, importa colocarle en la Naturaleza, representada por aquel lado del río donde se queda hasta la víspera de su agonía, cuando haga su entrada, desde esa Naturaleza a la ciudad.

Desde allí se llevaba (antiguamente, por los jinetes) hasta el corazón del pueblo, hasta la misma Plaza Mayor (hoy sustituida por la plaza de toros movable), para ser probado por los chicos del pueblo en la capea de la noche. La capea es una burla de la víctima, concepto fundamental en la corri-

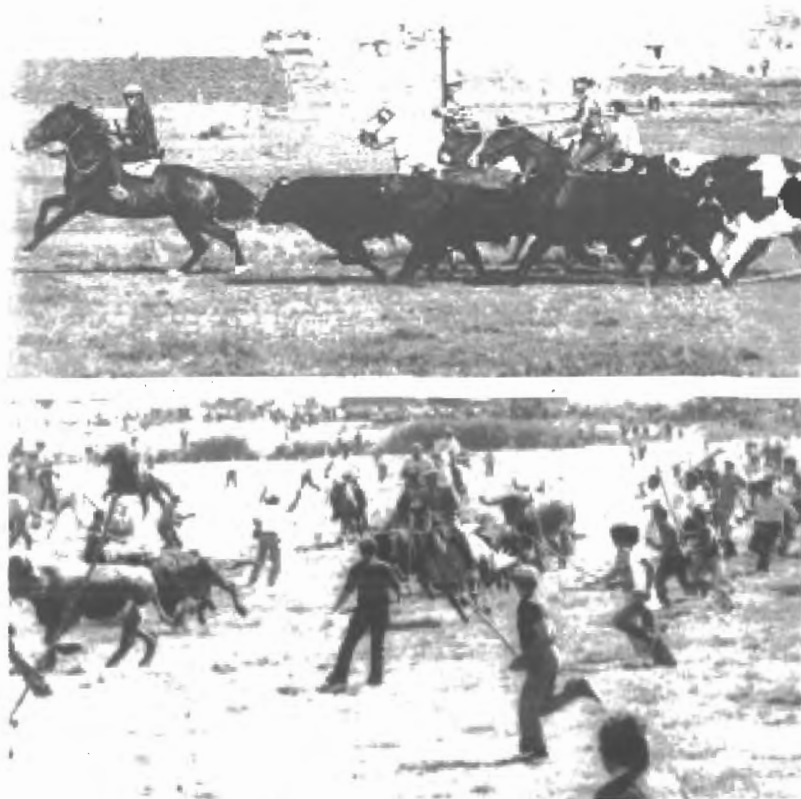


Fig. n.º VII.6.— *Espante de Fuentelapiedra (Zamora)* (Apud pág. *Web de Fuentesaúco*. Espante 1978). Fuentelapeña y Guarrete son los lugares zamoranos donde se practica este «encierro a la inversa» que son los *espantes de toros*. a) Comienza con un encierro clásico en el curso del cual los caballistas acosan la manada de toros que habrán de correrse, los días sucesivos, en las fiestas patronales pero, en un lugar determinado y ya previsto del recorrido. b) Encuentran que se ha formado una barrera humana que les impide el paso y les obliga a retroceder. Los caballistas, una y otra vez, reunirán los toros y los acosarán con el esperanza de vencer la muralla de mozos pero otras tantas serán valerosamente rechazados. Según Pitt-Rivers es una dramatización inconsciente de las rivalidades medievales entre guerreros pedestres y caballeros populares.

da formal también (y que se puede encontrar en algunos sacrificios más, porque es una forma de consagración, se le quita el orgullo base de las reacciones en el mundo profano). En esta burla el *toro* tiene que demostrar sus cualidades morales, necesarias no solamente para asegurar que libre batalla a sus agresores sino para que pueda legarlas a la humanidad en su inmólación.

La Plaza Mayor de un pueblo español tiene una significación moral que supera en mucho su importancia práctica. Los edificios más bellos —por ejemplo, la Iglesia y la Casa Consistorial— se suelen situar en ella. En fin, la Plaza Mayor es el punto de unión social, es donde se hace el paseo, es donde se conocen y reconocen las amistades, donde se combinan las intrigas, se presentan los enamorados, los enemigos se observan, el prestigio de los unos y los otros se manifiesta. Es la representación del alma colectiva de la comunidad. Por esta razón hay que llevar el *toro* a la plaza para integrarlo a la sociedad humana, y de la plaza tiene que salir cuando lo expulsan la mañana siguiente después de pasar allí la noche de la capea. Hoy se trae por la mañana al lado de la plaza, escondido en un camión para aparecer delante del público *como si* saliera de la Plaza.

Esta misma emoción, y una afición comparable, se encuentran en otros pueblos donde, por necesidad práctica, la fiesta taurina se tiene que hacer fuera de la plaza central: por ejemplo en Montánchez (en Extremadura) se ha construido una réplica de la plaza de la misma forma rectangular e incómoda en las afueras del pueblo. En Trujillo cuando la capea de la fiesta patronal se tiene en la plaza de toros (aislada del centro) los bomberos del pueblo construyen

una fuente artificial para representar la fuente real de la plaza. Siempre se tiene que hacer como si estuviéramos en el corazón del pueblo.

Cuando por la mañana sale el *Toro de la Vega* ya está empadronado como hijo de Tordesillas por su noche pasada en la plaza. (Esta asociación con los vecinos de Tordesillas se puede explicar por el principio formulado por los teóricos del sacrificio que simbólicamente nunca se sacrifica sino su propio ser a través de la ofrenda).

El *toro* toma rumbo de ese Gólgota invertido que es la llanura fuera de la muralla, al otro lado del río, para ser inmolado por el más valiente de los muchachos del pueblo, caballero o peón, ¡no importa! El mozo matador representa a la totalidad del pueblo que se suele reunir en esa misma plaza el domingo, sin distinción de condición social. El héroe de la Vega es el héroe de todos. Es lógico entonces que, una vez consagrado por su trofeo en la lanza, lleve, lanza y trofeo, a la plaza para completar el rito.

Sumemos las etapas de este sacrificio:

1.— El *toro* viene con los jinetes a la dehesa frente al puente, territorio de la Naturaleza, para ser presentado al pueblo que va a conocerlo allí.

2.— El camión lo lleva (antiguamente los jinetes, representantes del campo y de la aristocracia) a la plaza de toros (antes Plaza Mayor) para la capea y para pasar la noche.

3.— Se confirma en la burla como digno de su destino.

4.— Se expulsa de la Plaza —en el centro cultural de la ciudad— y lo corren los peones para volver a la Naturaleza en la dehesa, donde

5.— Es inmolado por él héroe del pueblo, caballero o peón, quién

6.— Recupera los símbolos de la Naturaleza fiera, esencia del *toro*, que lega a los hombres para

7.— Asegurar el orden social de la comunidad y la hombría de sus miembros y para que ellos tengan «cojones» (*sic*) en el sentido figurativo y literal, es decir: valor y fertilidad.

8.— Hasta el año que viene.

Hay dos formas de sacrificio reconocidas por los antropólogos:

A. El del animal que carga toda la impureza —los pecados— de la comunidad y para que los devuelva a la Naturaleza sólo se libera en la selva. El más conocido ejemplo es el *chivo expiatorio* de la *Biblia*, pero hay muchos más en África moderna.

B. El que se ofrece a la Divinidad, su vida representada a menudo por su sangre, para obtener en contrapartida la Gracia que solamente la Divinidad puede otorgar.

Este sacrificio parece combinar los elementos de las dos. El *toro* se devuelve a la Naturaleza como el chivo expiatorio pero luego es inmolado como en la segunda forma y su esencia queda recuperada para la Humanidad.

En su totalidad el mensaje del sacrificio del *Toro de la Vega* no es muy distinto de la significación general de la corrida formal tal como lo he expuesto en mi ensayo sobre “El sacrificio del toro” (*Revista de Occidente*, mayo 1984)³ sino que parece tanto más explícito cuanto que pone los títulos del toro en el lugar de honor.

³ Ver artículo III, en este mismo n.º de la *Revista de Estudios Taurinos* en las págs. 77-118.

He sugerido que la corrida tiene distinto significado para los distintos públicos de España. Sin embargo, su forma en cualquier ruedo es estrictamente igual sea donde sea. La única indicación de la diferencia está en el comportamiento del público, que manifiesta un espíritu más o menos religioso de alguna forma u otra.

Sin embargo, en la fiesta taurina popular la variedad de forma es grande y es ahí donde podemos encontrar una indicación del valor, pues indica no solamente la existencia de la taurofilia, sino su matiz.

El caso de Tordesillas es claramente un sacrificio a pesar de las rivalidades en el acto de matar. En otros pueblos el concepto de toro burlado o matado implica una lucha más que un sacrificio. Pero tenemos que esperar a la organización del mapa de torogeografía para llevar más lejos mi investigación⁴.

⁴ Pitt-Rivers abordó el Toro de la Vega en otros artículos de los aquí recogidos: ver VIII, XI y XIV.

